

Fuera el Fascismo Regresivo y asesino

M U L T I T U D

A R T E Y C I E N C I A L I T E R A T U R A
P O L I T I C A . Y P O L E M I C A
F I L O S O F I A S O C I O L O G I A E C O N O M I A
E D U C A C I O N
T O D A L A C U L T U R A
S E M A N A A S E M A N A

D I R E C T O R : P A B L O D E R O K H A



2000 5000 2000 EDITORIAL

Clase-media, Servidumbre, Burocracia

La Clase-Media o pequeño-burguesía está en situación de sub-producto social, de resumidero de los que se derrumban clase-abajo y de los que se arrastran clase-arriba, los cuales, como traidores a su clase, también se van cayendo. Vaciada en partidos de organización popular y democrática, como el Partido Radical, por ejemplo, la Clase-Media es respetable. Pero, es respetable, precisamente, en virtud de que va perdiendo su acento burguesoide, y cogiendo un acento proletario, es decir, ubicándose en la trinchera de los trabajadores auténticos.

La historia de los "venidos a menos" y la historia de los "acaballerados" es una historia magra y lamentable de claudicaciones y miserias, de cuellos sucios y provincias cursis, de señoritas que recitan y suspiran, de poetoides oportunistas, que asaltan sinecuras, consulados, canongías, haciendo el derechista y el izquierdista, según las circunstancias. Ahí están los Silva Castro y los Maluenda y los Meza Fuentes y los Manuel Vega, ejemplar de sacrístante fascista, traidor a la República, ahí están los..., los otros no los nombramos porque el Sanhedrim se enoja!... Allá en la distancia de 1920 y de Curicó, de Cauquenes, de Vichuquén, de La Serena, de Chiloé, de Temuco, de Parral, de Talca, de San Rosendo y Nirivilo, está la botica y el tío cura y la hermana te-

legrafista, que le escribe al Sub-Secretario, como declamando y estirando sus pobres lágrimas, con los tacos torcidos... Es la gana-grena, eternamente abierta del trepador social, del arribista. En él está la bestia lastimada y lastimosa, la piel marcada del lacayo, la mirada nunca frente a frente, de soslayo, cobarde, vil, humilde, con los amos, altanera y ofensiva con el asalariado, en quien venga su complejo de inferioridad reprimido.

Como masa, tipo, la Clase-Media, jamás es rebelión, y cuando se rebela, individualmente, da la anarquía teórica y dramática del individualismo.

De ahí emerge el mulato intelectual, el lacayo del periodismo y del ateneo. Comienza en rojo, practicando la demagogía, la oratoria y la asamblea; poco a poco, va destiñendo hasta volverse en el amarillo de la traición amarilla; entonces se vuelve rencoroso de envidia, solapado y vengativo, cruel, como los eunucos, caprichoso, altanero, comprimido, como las mulas y las beatas.

"Hay alguien más despreciable aún que el despreciable verdugo: el ayudante del verdugo".

Integrado a la servidumbre, hecho servidumbre, todo servidumbre, el mulato intelectual, se torna el lacayo intelectual, el esclavo intelectual y, adentro del mulato intelectual, nace el perro,

ejecutarla, por lo demás, era cierta y le evitaba preocupaciones.

Para ponerla en práctica, hizo sacar cien copias de una antigua fotografía y las colocó en su dormitorio, cuidadosamente colgadas. Se sentó frente a ellas y pasó una semana mirándolas, mientras repetía: Ese, es Germán Barrientos — Digo que es Germán Barrientos — Ese es Germán Barrientos, y digo que es Germán Barrientos...

Logró de este modo tener la certeza de que él y su antigua fotografía era una sola cosa. Retiró el gran espejo de su pieza; lo colocó entre la puerta y la mampara; se sentó frente a él y se entregó a la contemplación de su imagen real, repitiéndose con persuasión: —Yo soy Germán Barrientos — Soy Germán Barrientos... Sí! Germán, el de la pata grande, el idiota... el idiota...

Desde ese día, al pasar frente al espejo, sólo sintió desprecio para sí. Una vez lejos, era otro Germán: más respetable y dueño de sus actos; era el Germán de la fotografía, creado en su mente y robustecido en ella, en aquél trozo del pasado que le fué feliz.

Muy poco tiempo permaneció en esta relativa felicidad; su extraño mundo jamás lo abandonó. Apesar de ser aceptado por las demás personas, con cierto afecto, llevaba una existencia gravosa; tal vez su incapacidad para crear afectos le fué beneficiosa, no daba motivos para odios ni desprecios. Generalmente pasaba inadvertido.

La explicación de su doble existencia, no habría podido hacerla. Qué extraño y complicado era el mundo de este ser insignificante: de Germán, ¡El Farolero! como lo llamaban todos: su profesión, era la de encender y apagar los faroles de las calles de su pueblo.

Cuando le quedaba pocos minutos de existencia, siendo un vulgar moribundo, revivió todo aquellos que lo obligara a tomar la determinación de matarse. Vió llegar a Clotilde, con su gran bolsa de ropa y su canasto de mimbre bajo el brazo. ¡Cuánta alegría! ¡Una mujer en su casa!...

Esa vez, salió muy temprano a apagar

los faroles; al pasar frente al espejo, olvidó repetir las frases que le ayudaban a diferenciar su doble Ser. Efectuó su trabajo como de costumbre, aunque con cierta nerviosidad.

Cuando estuvo de vuelta, vió que Clotilde había descolgado las fotografías y colocado, en su lugar, el gran espejo que tenía entre la puerta y la mampara. Su primer impulso fué huir, pero no pudo. Un gran Pulpo de tentáculos invisibles lo tenía atrapado... Volvió a ser el Germán Barrientos de siempre: el idiota, el del hoyo en la frente, el de la pata grande, el mutilado...

Fué tal su impresión, que Clotilde no lo pudo reconocer, y tuvo susto. Se cubrió las piernas tenidas a medio tapar; se recostó suelto sobre la cama, en actitud de espera. Germán estaba tan distraído que no percibió el pequeño rubor malicioso de Clotilde. Colocó su cabeza entre sus manos enormes y peludas, y, doblándose como un ser desarmado, cayó lentamente. Clotilde sonrió con cierta felicidad sensual y abriendo los brazos, jadeó como una pequeña bestia enferma. Sólo después de algunos minutos, Germán pudo sentirla. ¡Qué deseos de estrangularla!

Para este hombre atormentado, la idea de homicidio jamás podría triunfar. Todo en él: ademanes, acciones, gestos nerviosos e ideas, daban la expresión de suicida, y como tal se comportó.

Incorporándose bruscamente del vientre tibio que lo acogía, gritó a Clotilde desesperadamente:

—Me mataré! ¡He dicho mil veces que me mataré! — ¡Me repugnas!...

—¡Vete!... ¡Vete!

De pronto, la quedó mirando, sin decir palabra, se acercó a ella, la asío de los cabellos y le mordió un brazo hasta hacerlo sangrar. Todo fué tan rápido y brusco, que Clotilde no alcanzó siquiera a desesperarse.

Mientras el conjunto de su evocación seguía su ruta, el cuerpo de Germán, cubierto de sangre, rodaba cerro abajo, enredándose casualmente entre dos arbustos. Su dolor no era capaz de vencer la debilidad, por lo cual, estaba imposibilitado para moverse.

Sin embargo, los recuerdos seguían nítidos y robustos.

Al llegar Clotilde, acompañada de algunos vecinos al lugar donde se encontraba el suicida, el cuerpo estaba frío, inmóvil y, sin embargo, Germán Barrientos continuaba evocando recuerdos...

Escuchó lo que hablaron, aunque sin comprender. Su última sensación fué la que experimentó al ser colocado sobre el caballo que debía conducirlo al pueblo. Hacía grandes esfuerzos por gritar, y creía conseguirlo: su mente estaba llena de blasfemias —Que mueran las maestras!... Los frailes... Las babuchas... —¡Ja, ja, ja!... ¡Ya murió el idiota!...

... ¡Ya murió el idiota! —Quedaos con Clotilde, ¡Puercos!

Todas las letras de las palabras se agitaban en su mente. Al desaparecer, por instantes, producían ruidos extraños y volvían a presentarse más fuertes y chillones. Como por picardía se agrupaban para establecer en un grito ronco y desesperado; ni una sola parte de su cerebro dejaba de contener palabras y ruidos extraños de esta evocación. Fué entonces cuando le vino la muerte: murió después de tres días de haber sido enterrado, repleto de recuerdos y atormentado por aquellos versos odiados que en su niñez recitara a su profesora. Los escuchó mil veces en tonos y melodías diferentes, a pesar de sus grandes esfuerzos, no pudo alejarlos, hasta que ellos se quedaron solos: vagando en su razón, en su tumba, en la tierra, en el espacio...

—De rabia... se murió... mi perra... Un canario... le comió... los ojos... [Un canario... Mil frailes capuchinos... beben sangre... [beben sangre... Cuánta pena en el cráneo de mi pobre perro...

N.

WINETT DE ROKHA

LA PALOMITA DE VIDRIO

La pobre prendía su pañuelito a cuadros con la palomita de vidrio en blanco y azul. A veces parecía un confite, a veces un pedazo de cielo, otras lo que era: un alfiler barato con una palomita de vidrio.

Los ojos largos de la muchacha marcaban la hora de sus andanzas. En las mañanas los ojos se le ponían muy claros, casi líquidos, de un azul triste, y la palomita se hacía su retrato en la pupila y se veía oscura, sentenciosa.

Ya más tarde, al medio día, los ojos se acentuaban en un azul más serio y la palo-

mita se adelgazaba, se notaba la mancha blanca del pecho y la cortina abierta de las alas sobre el espíñulo.

Y tarde, muy tarde, cuando ni un gorrión siente el viento sobre su pechuga ligera, aquellos ojos largos se oscurecían hasta lo profundo: eran dos abismos negros que atraían como un mar de noche, sin estrellas. Allí la palomita se difundía, era apenas una nubecilla liviana, transparente, como cuando en un cristal queda la huella de un dedo de niño.

Muchas veces desde mi ventana la ví perderse por la carretera con el atado de ropa en la cabeza. Lo equilibraba con un canto rítmico como al impulso de una canción.

Echaba atrás el busto cuando pasaba por el portón de los Neira.

Un buen día el hijo del propietario se la llevó al "Maitén", al otro fondo del Estrecho, y nadie la volvió a ver.

El alfiler de la palomita de vidrio se clavó para siempre en el corazón de la tarde.

W.

D E

R.

POST SCRIPTUM, a "CONVERSO CON ALBERTO ROMERO"

El director de "Multitud", declara que no comparte, ni parcialmente, muchos de los juicios y conceptos, sobre hombres y hechos sociales, formulados en la conversación que publicamos. Sin embargo, así cree la

de transición, también, en nuestro medio, —que al escritor Alberto Romero, a quien "Multitud" estima y aprecia, porque escribe bien, aunque sin incluir lo heróico ni en su estilo ni en su destino.

P.

d e

R.